Fundación BBVA

SCIE Sociedad Científica Informática de España

4 de noviembre de 2026

Discurso de agradecimiento en la ceremonia de entrega de los Premios de Investigación Sociedad Científica Informática de España – Fundación BBVA

María Amparo Alonso Betanzos

Buenas tardes, señor presidente de la SCIE, directora de Relaciones Institucionales de la Fundación BBVA, presidente y miembros del jurado de los premios, autoridades, compañeros, y amigos:

Muchas gracias por este reconocimiento. Recibir el Premio García Santesmases es un honor que difícilmente podía imaginar cuando, a mediados de los años ochenta, empecé a aplicar algoritmos inteligentes a la monitorización del bienestar fetal. Entonces, la Inteligencia Artificial en España era poco más que una promesa académica. Hoy forma parte de la infraestructura tecnológica sobre la que se construye nuestra sociedad.

Este premio lleva el nombre de un pionero de la Informática en España y reconoce una trayectoria dedicada a una disciplina que me atrapó hace muchos años y de la que, afortunadamente, sigo sin poder soltarme. Pero también dedicada a la formación, la transmisión de conocimiento y al trabajo en equipo.

Por eso no lo considero un premio individual. Pertenece también a quienes me han acompañado en el camino, y muy especialmente a mis compañeros del grupo LIDIA, del CITIC de la Universidade da Coruña. Llevamos más de treinta años trabajando desde una universidad joven y periférica, y hemos aprendido algo fundamental: la excelencia no es monopolio de los grandes centros. Se construye con personas, talento, esfuerzo y perseverancia. Algunas de esas personas siguen con nosotros, otras se incorporaron a empresas, crearon las suyas o tuvieron que marcharse porque nuestro sistema no supo retenerlas. A todas, gracias. Hoy tengo la suerte de tener en esta sala a quienes fueron mi primera y mi última tesis doctoral dirigidas. Entre ellos hay más de 30 años de

trabajo compartido, y son la prueba de que el camino sigue abierto. Gracias por estar.

Permítanme contar brevemente en qué hemos trabajado y por qué creo que importa.

Nuestra investigación ha evolucionado con la propia disciplina. Empezamos con sistemas híbridos que combinaban reglas y redes neuronales. Cuando nos enfrentamos a lo que nosotros llamamos problemas de alta dimensionalidad, el término Big Data todavía no existía. Desarrollamos algoritmos capaces de trabajar con datos masivos, desbalanceados y distribuidos, sin perder precisión ni privacidad, pensando en la salud, en la industria, y en otros entornos donde los errores tienen consecuencias reales para personas reales. Y lo hicimos con una convicción que entonces era minoritaria y hoy resulta urgente: que los algoritmos inteligentes deben ser sostenibles, explicables, y responsables.

Esa preocupación nos llevó de la escalabilidad a preguntarnos si modelos cada vez más grandes y complejos son realmente el único camino. Hoy, el consumo de energía y agua asociados al entrenamiento y al uso masivo de algunos de estos modelos plantea un problema de sostenibilidad que no podemos ignorar. Nuestro trabajo busca demostrar que es posible reducir de manera importante ese consumo sin sacrificar la precisión que cada problema necesita. Defendemos una idea sencilla: no siempre hace falta una IA más grande, necesitamos una IA más adecuada. Adecuada al problema, a los datos disponibles, al riesgo asumible y a los recursos que podemos utilizar. Una IA capaz de hacer más con menos: mejores datos, menos parámetros, menos energía, y menos dependencia tecnológica.

Aquí es donde creo que el futuro de la IA deja de ser solamente una cuestión científica o tecnológica. Es también una cuestión de autonomía y de estrategia. La informática es ya una infraestructura esencial para nuestra sociedad: condicionará el acceso a la salud, al empleo, a la educación, al conocimiento y a muchos otros servicios. Por eso, si Europa quiere que sus valores, los derechos fundamentales, la transparencia, la igualdad, la privacidad, formen parte de la IA del futuro, no basta con regularla. Necesitamos también la capacidad de construirla. Y eso requiere inversiones e infraestructuras, pero sobre todo

personas: investigadores, ingenieros, empresas y universidades capaces de generar conocimiento, y de preguntarse para qué, para quién y cómo desarrollamos la tecnología.

No sé cómo será la IA dentro de unos años. Después de haber visto cambiar tantas veces tanto esta disciplina, sería pretencioso intentar predecirlo. Pero sí sé cómo me gustaría que fuese: potente, pero no necesariamente basada en modelos gigantes; innovadora, pero no a cualquier precio. Explicable cuando lo necesitemos, responsable por diseño y sobre todo una tecnología que podamos comprender, adaptar y controlar.

Cuando empecé a mediados de los años ochenta no podía imaginar lo que esta disciplina llegaría a ser. Hoy sigo sin saber hasta dónde nos llevará. Y eso es lo que mantiene vivo mi interés: quedan problemas importantes por resolver y preguntas que ni siquiera hemos aprendido a formular. Y si algo me gustaría que aportase nuestra investigación es que el futuro de la IA no lo determine sólo lo que la tecnología puede hacer, sino también lo que decidimos que debe hacer.

Muchas gracias.